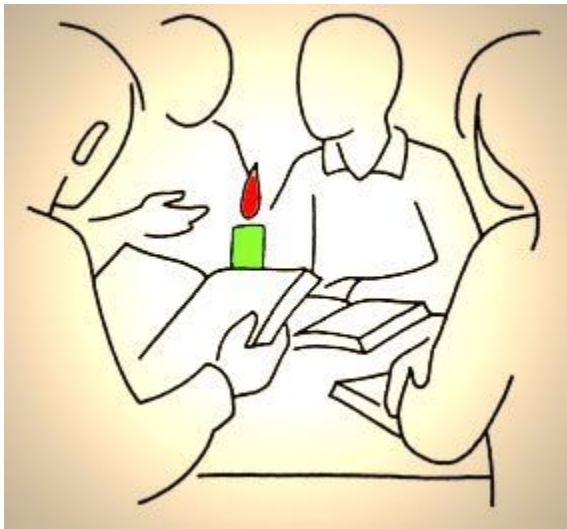


LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: JUAN 14,15-21



Domingo del Corpus

"De todas cuantas maneras quisiere comer el alma hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad ni trabajo ni persecución que no sea fácil de pasar, si comenzamos a gustar de los suyos" (Camino 34,2). .

Yo soy el pan vivo. Sin cruzar de prisa este paisaje tan bello, entramos despacio en esta sorprendente experiencia del don de Jesús y confesamos nuestra fe viva en el sacramento del amor. En el pan partido y repartido Jesús nos muestra su amor hasta el extremo, porque los dones son expresión del corazón que ama. A Jesús no se le pone nada por delante con tal de hacer el bien a quienes tanto ama. *Jesús, pan de vida, tú eres la respuesta más clara a mis preguntas. Tú lo das todo. En Ti lo encuentro todo. ¡Qué bien se está cuando se está contigo!*

El que come de este pan vivirá para siempre. ¿Cómo vivir la vida nueva sin comer el pan de Jesús? "Estando tan dentro de mí, si tenemos fe, nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa. Y no suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen

hospedaje" (Camino 34,8). *Tú, Jesús, eres mi vida. Te adoro. Te amo.*

¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Preguntas escépticas siguen dejando las orillas llenas de hambrientos de vida. Hay una fuente dentro y seguimos mirando hacia otra parte. El Espíritu Santo es quien puede acercarnos al misterio del amor entregado de Jesús. ¿Cuándo aprenderemos a recibir? ¿Cuándo aprenderemos a mirar al que nos mira con tanto amor? *Descúbreme tu presencia en mi interioridad. Gracias por regalarme tu presencia y, con ella, la posibilidad de estar junto a Ti.*

Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros. Jesús está en el corazón de los creyentes como vida, no solo para darnos sus dones sino para comunicarse Él con nosotros. Sin necesidad de ir lejos, podemos buscarle y encontrarle en nuestra interioridad. Está tan cerca, que está dentro. *Siempre estás disponible para el encuentro. Te alabo y te bendigo, Señor Jesús.*

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Aquí radica la experiencia más bella de la interioridad habitada, la fuente de la alegría. El amor de Jesús toca las raíces de nuestro ser y provoca, como respuesta, la entrega incondicional de la vida. Entrarnos con Él, volver los ojos a mirarle. ¡Qué gozo tan grande tener al Señor en persona en nuestra propia casa! No sabemos vernos ni entendernos sin Jesús. Y sin esta presencia en la interioridad no es posible la comunicación profunda con Él. La adoración es el ungüento precioso derramado, como signo de una sobreabundancia de gratuidad. *En el hondón de mi alma está tu fuente, Señor. Gracias por darme a beber de tu amor en abundancia.*

CIPE – Junio 2011



Cipecar
www.cipecar.org